

Experiencia directa

"CANCELADO POR FALTA DE EXPERIENCIA DIRECTA", comienza *Los cuartos oscuros*, brevísimo relato (apenas media página) de Susana Medina incluido en su magnífica recopilación bilingüe *Red tales/Cuentos rojos* (Araña Editorial, 2012). "Los cuartos oscuros", continúa, "hubiera narrado historias que el novio del padre de la narradora le solía contar nostálgico sobre los cuartos oscuros de California..." De este modo, el relato cancelado se manifiesta como un "cuarto oscuro" en sí mismo, y la elipsis de lo que se pudiera haber narrado constituye un lugar mítico que sirve como "celebración del tacto y de la oscuridad" y, por lo tanto, no puede ser relatado sino evitando describirlo, introduciendo la "experiencia directa" a través de su falta, ya que su presencia no puede ser transmitida con palabras.

Hay un modo de entender la literatura que se basa en la convicción de que es posible transmitir experiencias, y otros que apuntan a que sólo puede señalarse el vacío, el lugar que esa experiencia podría haber ocupado. Los relatos de Susana Medina, incluso aquellos que parecen basados en sus propias vivencias, no dejan de señalar ese lugar oscuro a través del que sólo el tacto, y quizás el olfato, los dos sentidos cuyos estímulos no han conseguido todavía ser digitalizados, podrían guiarnos.

Los sentidos, sabemos, nos engañan de forma diferente. La estupenda novela de Rubén Martín Giráldez *Menos joven* (Jekill & Jill, 2012) comienza relatando que el protagonista "sabe que su padre ya no es capaz de distinguir entre *trabajo y realidad*" Lo que implica que el trabajo nunca es realidad, sino ficción, y, además, una ficción tramposa, una ficción que ha sido remezclada hasta confundir todas nuestras referencias. "El padre de Bogdano se dedicaba a cruzar libros como quien cruza perros de raza", podemos leer en el capítulo segundo, "arrancaba las cubiertas de grandes obras de la literatura, separaba con cuidado la página de derechos, y a veces incluso la dedicatoria de aquellos escritores geniales; entonces, con las fundas de piel recién obtenidas de, por ejemplo, *Los papeles póstumos del club Pickwick* retapaba el cuerpo paginado de, por ejemplo, la novela *Raíces*." Remix diabólico de "alta" y "baja" literatura que se prolonga en un holocausto radiofónico cuyo propósito es destruir al ídolo, categoría que engloba al protagonista de cualquier éxito, intelectual o mediático, popular o de culto. El ídolo, como el cuarto oscuro, es aquello de lo que carecemos de experiencia directa y, por lo tanto, la imagen que recibimos de él está bajo sospecha de haber sido trucada, manipulada, de ser inadecuada para compartir el relato de nuestra vida. De no poder ser capaces de distinguir si procede de alta o baja cuna.

La literatura postdigital no puede eludir la sospecha de una Matrix en cada esquina que pretende doblar. No es posible desautorizar la experiencia como en tiempos de Borges; la metaliteratura, por sí sola, ya no podría convencernos. Todos los textos, todas las imágenes y todos los sonidos se encuentran a nuestra disposición, por lo que no hay misterio en cuanto a sus orígenes. Y todo se encuentra entremezclado, formando un espacio continuo de presencia simbólica. En el mundo postdigital los sentidos a los que podemos recurrir para evocar lo que no está presente (el más allá del fenómeno analógico-digital) son el olfato y, sobre todo, el tacto: "Es difícil entender como las cosas se tocan, no porque el tacto sea algo complejo o misterioso" ha escrito el secreto autor de *ObliviOnanisM. I: Dissolving* (GnOme, 2012), "no debido a algún insuperable ocasionalismo que lo gobierna, sino porque el tacto mismo acontece mediante la dureza, la dureza necesaria para que algo pueda tocar. Pero ese acontecer mediante la dureza también significa que el tacto, incluso el golpe más violento, es efectiva y profundamente suave, que el tacto es una llegada o evento de lo que atraviesa o tiene lugar en el dentro-y-fuera de la propia dureza. En asuntos de tacto, lo mejor que puede hacer el

entendimiento es contactar con el hecho frío del tacto mismo: las cosas se tocan, ¿Cómo podrían no hacerlo?"

Golpear, por lo tanto, al ídolo que huye, o abrazar al amante que se ofrece. Recuperar la condición de objeto que le habíamos arrebatado al sujeto, y reivindicar el cuerpo como cuarto oscuro.